

LAS VIDAS
DE LOS
PADRES DE LOS DESIERTOS

SEGUNDA PARTE (*Continuacion*).

DE LOS SOLITARIOS DE FERMO¹.

—

Habia en Egipto una montaña llamada Fermo que confinaba con la vasta soledad de Sceté; estaba esta habitada por quinientos monges, uno de los cuales, llamado Pablo, se distinguia por la emnencia de su piedad. Hubo dos solitarios del mismo nombre que moraron en el desierto de Sceté y á los cuales hay que distinguir del de quien hablamos. Este, contra la costumbre ordinaria de los solitarios, y por un camino particular que debe presumirse que venia de Dios, puesto que su virtud era universalmente reconocida, este, digo, no trabajaba; pero tampoco recibia cosa alguna de nadie, mas que lo que le era necesario para vivir durante un dia. Toda su ocupacion consistia en orar. Hacía cada dia trescientas oraciones en regla, y por esto llevaba sobre sí trescientas piedrecitas, de las cuales ponía aparte una en cada oracion que hacia. Bulteau hace notar que quizás fundándose en este ejemplo se inventó el rosario.

¹ Vit PP., Cotelier, Tillemont.

Pozomeno creyó que este Pablo era superior de los solitarios que habitaban esta montaña, pero Tillemont juzga que esto es una falta. Aquel hombre de oracion temió sin embargo en cierta ocasion que no oraba bastante, y se fué á encontrar á San Macario de Alejandria para descubrirle su pena. « Padre mio, le dijo al instante, estoy extraordinariamente afligido. » Y el Santo, habiéndole preguntado la causa de ello, le habló de este modo : « Hay en cierta aldea una joven que sirve á Dios desde hace ya treinta años, de la cual muchos me han dicho que no come más que el sábado y domingo, y que cada dia hace setecientas oraciones ; lo cual me obliga á condenarme á mí mismo porque, siendo un hombre y teniendo mucha más fuerza que ella, no he podido hasta aqui hacer más que trescientas oraciones por dia. »

San Macario le respondió : « He ahí que este es el año sesenta de que yo no hago más que ciento por dia y trabajo con mis manos para alimentarme y para servir en lo que puedo á mis hermanos, sin que sin embargo mi conciencia me acuse de ser negligente ; y si la vuestra os reprocha alguna cosa, aun cuando hagais trescientas oraciones cada dia, es evidente ó que no orais con bastante pureza, ó que podeis orar más. »

El abad Teodoro fué todavía más célebre que Pablo de quien acabamos de hablar. Retiróse al principio al desierto de Sceté, en donde los demonios probaron de una manera muy humillante para los espíritus soberbios, la fuerza de sus oraciones. Dos de estos malignos espíritus acercáronse un dia á su celda, aparentemente bajo figuras sensibles, con el fin de entrar allí y causarle turbacion ; pero este perfecto solitario se dirigió al Señor, y al instante aquellos espíritus fantasticos se encontraron tan bien atados á la puerta que no pudieron moverse del puesto. Sobrevino un tercero y, creyéndose más poderoso que los otros, hizo esfuerzos

para entrar ; pero al instante se encontró atado como ellos. No tuvieron más remedio que confesarse vencidos y suplicar á Teodoro que les devolviese la libertad ; él lo hizo diciéndoles solamente : Andad ; y se retiraron al instante cubiertos de vergüenza y confusion.

Un tan gran poder contra los espíritus de tinieblas prueba á qué grado de virtud habia llegado y cuál era el fervor de sus oraciones. Su mérito le distinguió tanto entre los santos habitantes de aquél desierto que le escogieron para presentarle al obispo y hacerle ordenar de diácono. Vióse obligado á rendirse ; pero su humildad era tal que jamás pudo resolverse á ejercer sus funciones. Huyó á diversos lugares para evitar un ministerio del cual se creia indigno ; y como siempre le volvian á traer para obligarle á ello, suplicó á los hermanos que le diesen algunos dias de tiempo para pedir al Señor que le diera á conocer su voluntad. Dios, cuyos caminos son impenetrables en la conducta de sus santos, y que queria dar á conocer á los hombres por el ejemplo de este, cuán grande y tremendo es el ministerio de los altares, le hizo ver en su oracion una columna de fuego que se levantaba desde la tierra al cielo, y oyó una voz que le dijo : « Si puedes hacerte como esta columna, anda y ejerce el diaconado. » Esta vision le confirmó más en los bajos sentimientos que tenia de sí mismo, y el domingo despues, habiendo ido á la iglesia con los demás, como estos le instasen de nuevo á que ejerciese su órden, ó á lo menos que aguantase el caliz, les suplicó que no le obligasen á esto porque se veria forzado á retirarse á otra parte. Asi que no tuvieron más remedio que dejarle en paz.

No sabemos si otras cosas que se refieren de él sucedieron, al menos en parte, cuando estaba todavía en Sceté ; pero es cierto que no dejó esta soledad hasta que los barbaros fueron á asolarla. Retiróse entonces á la montaña de Fermo, en donde moró hasta una extrema vejez, y vero-

similmente hasta la muerte; porque no se dice que abandonase despues esta montaña.

Dios le puso alli como una antorcha encendida que podia descubrirse desde lejos; y de todas partes recurríase á él para recibir sus instrucciones ó palabras de consuelo en las penas del espíritu y en las diferentes tentaciones. Su humildad sufría siempre mucho con esto, y no dependía de él el que no viviese en el olvido de los hombres y en un continuo silencio; porque en esto igualaba al gran Arsenio, y la diferencia que se hacia de uno y otro es que Arsenio huía de los que iban á verle, y Teodoro los recibía con bondad; pero su corazón, afecto al silencio, sufría entonces tanta violencia como si lo hubiesen atravesado de una cuchillada. Asi que, lo mismo que San Arsenio, evitaba responder, cuando podia comprender que no tanto iban á él para instruirse cuanto para conversar vanamente ó por pura curiosidad. Había alli en efecto algunos solitarios en aquel entonces, los cuales, olvidando el espíritu de retiro que les pedía su estado, iban de celda en celda bajo pretexto de edificarse con piadosas conversaciones, y en lugar de aprovecharse de ellas, repetían en seguida por todas partes lo que habían retenido de ellas, para apropiárselas y pasar por hombres espirituales.

Presentóse uno de ellos á la celda de Teodoro, y permaneció con él tres dias, rogándole que le diese algun saludable consejo. El Santo Abad retúvole todo aquel tiempo con caridad pero nada le dijo; de suerte que, despues de tres dias, aquel hermano se retiró muy descontento. Su discípulo le preguntó la causa de su silencio, y él le respondió que le había tratado de este modo porque le conocía por un hombre que traficaba, por decirlo así, con lo bueno que oía decir á los demás, y que en seguida iba á contarle á otra parte para honrarse con ello.

Notábanse en él principalmente tres grandes virtudes

en las cuales sobresalía: la pobreza voluntaria, la mortificación y el alejamiento de las criaturas, ó el amor del retiro y del silencio. Ya puede comprenderse cuál era su desapego y su amor por la pobreza por un caso bastante singular que le sucedió. Entraron en su celda tres ladrones, y mientras que dos le tenían cogido, el tercero iba quitando sus pocos muebles. Él no se defendió, aun cuando era muy robusto; pero viendo que despues de haberle tomado los libros, querían también, llevárselo el leviton ó toga de lino de que se servía para estar decentemente en la iglesia en tiempo de los sagrados misterios, les rogó que al menos le dejaran este. Habiéndoselo ellos negado, desembarazóse de repente con fuerza de los que le detenían y les arrojó por tierra, lo cual les infundió gran temor.

Sin embargo volvióles á animar al instante, diciéndoles con dulzura: « Hagamos cuatro partes de todo lo que tengo; os permito que tomeis tres para vosotros, y dejadme á mí la cuarta, que es el leviton, lo cual hicieron ellos. Asi que, él les entregó generosamente todo lo restante.

Este santo hombre amaba tanto la pobreza, que se gloriaba de practicarla, y no se avergonzaba de parecer pobre á los ojos de los hombres. Un antiguo religioso contaba de él que, habiendo ido á verle por la tarde, le encontró sin capucha en la cabeza con una toga tan rasgada que podía verse su pecho al descubierto. Mientras le hablaba, llamó á su puerta un seglar de distincion, y habiéndole abierto, vestido con esta pobre ropa, sentóse con él y le entretuvo durante todo el tiempo que él tenía necesidad de hablarle. El religioso quiso entonces echarle una pieza de tela sobre las espaldas para cubrirle, pero él extendió los brazos y la dejó caer. Cuando el seglar se hubo retirado, díjole aquel religioso: « ¿ Porqué, Padre mio, habeis obrado de esta manera?... Este hombre ha venido para aprovecharse de vuestros consejos, y quizás le hayais desedificado al

presentaros así delante de él. » — « ! Ay, Padre mio, le respondió él ; ¿ porqué me decis esto ? Yo he cumplido para con él el deber que la caridad exigia de mí ; despues de lo cual se retiró. Él puede aprovecharse, si quiere de lo que le he dicho ; y si se ha escandalizado de mi mal vestido, no debió haberlo hecho. En cuanto á mí, yo acostumbro á presentarme con el hábito que llevo, bueno ó malo, cuando vienen á verme. » Y dijo al mismo tiempo á su discípulo : « Os ruego, que cuando venga alguno á hablarme, no os sirvais de los cumplimientos que se estilan ordinariamente entre los hombres ; sino que, si entonces estoy comiendo, decídselo ; y si duermo, decídselo tambien. »

Tenia tres volúmenes muy buenos, ya sea que los hubiese adquirido despues que los ladrones le habian despojado, segun dijimos, ya sea que los hubiese tenido mucho tiempo antes. Pero estaba tan poco apegado á ellos que los prestaba sin dificultad á los demás hermanos. Vínole sin embargo algun escrupulo de tener libros tan hermosos, y consultó al abad Macario para saber de él si los guardaria para su consuelo y el de los hermanos, ó si haria mejor en venderlos y distribuir su precio entre los pobres. El abad Macario le respondió que verdaderamente era una obra buena el aplicarse á la lectura de aquellos libros y hacerlos servir tambien para el uso de los demás religiosos ; pero que todavia era más perfecto no poseer cosa alguna. Al instante siguió este consejo, y fuése inmediatamente á vender aquellos libros y á entregar á los necesitados el precio que de los mismos habia sacado.

Era tan mortificado y caritativo al mismo tiempo que habiendo caido enfermo en sus últimos dias, como los hermanos le llevasen cosas para comer, á medida que el primero que se las habia presentado, se habia retirado, se privaba de ellas para darlas á los otros, y hacia lo mismo de todo lo que le llevaban, contentándose para su comida con lo

que le era ofrecido por el último que iba á verle. Consideraba la vida presente como un tiempo destinado á sufrir y á mortificarse, y no á buscar sus comodidades. Decia : « Muchos buscan tener reposo antes que Dios quiera dárselo. »

Un solitario del desierto de las Celdas, hallándose agitado por diversas turbaciones interiores, fué á encontrarle y le descubrió su estado. Dióle el consejo de que no permaneciese solo, sino que se entretuviese con sentimientos de humildad y desprecio de sí mismo, y entrase en un monasterio para vivir allí con otros en dependencia. Obedeció ; pero habiendo vivido algun tiempo en comunidad, fué nuevamente á quejarse de no poder hallar reposo con los demás. El Santo, despues de haberle escuchado atentamente, le respondió : « Vos no podeis, segun decis, hallar reposo, ya sea que vivais solo, ya con los demás ; pero ¿ porqué, pues, habeis abrazado la vida monástica sino para sufrir y haceros violencia ¿ Decidme, os ruego, ¿ cuánto tiempo hace que llevais el hábito religioso ? » — « Hace ocho años, respondió el solitario. » — « Hace setenta años que yo lo llevo, replicó el anciano, y no he pasado un dia en reposo, ¿ y quereis vos tenerlo, no teniendo mas que ocho años de religion ? » Esta respuesta conmovió al hermano, el cual se retiró con la resolucion de abrazar los sufrimientos con mayor paciencia de lo que lo habia hecho hasta entonces.

Antes de que su avanzada edad y sus enfermedades le hubiesen obligado á moderar un poco sus austeridades, pasaba muchos dias sin probar un bocado de pán. Un solitario le preguntó un dia si hallaba bien que usase la misma abstinencia. « Bien hariais, le respondió. » — Yo quiero pues, añadió el solitario llevar mis espigas al molino para hacer harina. » — « Si vais para esto al molino, replicó el viejo, vale tanto como que vayais por pan ; lo restante es inútil. »

Su celo por las menores costumbres de los antiguos padecía cuando veía que se apartaban de ellas. Encontróse en una asamblea de hermanos en la cual, comiendo con ellos, se apercibió de que algunos bebían sin decir antes según la costumbre de los solitarios: Perdonadme, Padre mio; y les dijo: « Los religiosos han perdido la costumbre de decir *Perdonadme*, que es una de sus más respetables prácticas. »

Su atractivo, según dijimos, era para el silencio de su celda; de él hacía sus delicias; y decía á este propósito que el que há gustado las dulzuras de la celda, huía voluntariamente de los hombres, sin que sin embargo despreciase á nadie. No salía de ella sino con pena; y el abad José, al cual estaba estrechamente unido por los lazos de una amistad cristiana, habiendo caído peligrosamente enfermo, y habiéndole hecho advertir hácia la mitad de la semana que moriría muy pronto, envióle á decir que iría á su casa el sábado, si todavía vivía entonces (este era el día en que los solitarios iban á la iglesia); pero que si moría antes de aquel tiempo, se verían en la eternidad.

Su corazón gemía frecuentemente por verse obligado á ceder á las necesidades de la vida; y decía suspirando: Mientras no pueda yo separarme de estas miserias, conozco que serán un obstáculo á mi perfección. También la vista de los peligros á los que está espuesta sobre la tierra nuestra alma le afligía algunas veces hasta tal punto que, habiéndosele quejado un religioso con el temor de perderse, y suplicándole que le diese un consejo saludable, le dijo en un tono de dolor: « ¡ Ay, hijo mio! yo también temo como vos el perderme y ¿ qué quereis que os diga? »

Aun cuando amaba mucho el trabajo de las manos, tan recomendado por los antiguos á los solitarios, quería que se hiciese sin avidez y sin apego; sino simplemente como una ocupación pasajera, á la cual debía siempre preferirse el cuidado del alma. Conferenciaba cierto día sobre esto

con un solitario llamado Juan, y quejábale de la relajación que en este punto tan esencial se había introducido entre algunos monges del desierto de Sceté. Cuando yo moraba en otro tiempo en este desierto, decía, nuestro principal trabajo consistía en tener cuidado de nuestra alma, y la obra de las manos no era mirada más que como un accesorio; pero hoy día sucede todo lo contrario: La obra de las manos ha venido a ser la principal, y la del alma solo es mirada como accesorio. »

Un hermano que se hallaba presente le rogó que le dijese cuál era esta obra del alma á la cual se prefería la del cuerpo, y en qué caso se faltaba en esto; y él se lo explicó de esta manera: « Lo que Dios nos manda debe ser considerado como la obra del alma y siempre debemos preferirla á esos otros trabajos que solo son para nuestro aprovechamiento temporal, y que por esto no deben ser mirados más que como un accesorio. » El hermano le suplicó que se lo diese un poco más á entender; y el santo viejo le replicó: Suponeos que recibis noticia, por ejemplo, de que estoy enfermo, y en lugar de venirme á visitar, como á ello os obliga la caridad, os decis á vos mismo: ¿ Dejaré yo mi trabajo para hacer esta visita? no, sino que lo terminaré, después de lo cual iré á ver al enfermo. En seguida os sobreviene alguna otra ocupación, y no solamente habeis diferido el venirme á visitar sino que ni siquiera habeis venido. De la misma manera suponed que un hermano os suplica que vayais á ayudarle en alguna cosa, y os decis también á vos mismo: ¿ Dejaré yo pues mi trabajo para ir á trabajar con aquel hermano? Ahora bien, en estos dos casos si no dejais vuestro trabajo para visitar á un enfermo ó para ir á socorrer á aquel hermano, no haceis el trabajo del alma que es el que Dios os manda, y haceis el trabajo de las manos como el principal, mientras que no debe ser sino el accesorio. »

Otro hermano le fué á decir : Yo quisiera, Padre mio, cumplir perfectamente lo que Dios nos manda ; á lo cual respondió : « El abad Teholas se habia propuesto casi la misma cosa, y hé ahí lo que hizo. Habiendo ido á la panaderia y habiendo hecho cocer su pan, como lo hubiese medido en sus cestas, se presentaron algunos pobres que se lo pidieron, y al instante lo distribuyó entre ellos. Despues de estos se presentaron otros, y no teniendo, ya más pan para darles, les dió sus cestas y su hábito ; de suerte que se volvió á su celda no teniendo más que la pequeña capa con que los solitarios cubren sus espaldas, y que él puso al rededor de su cuerpo ; y despues de haber hecho un acto tan generoso de caridad, todavia se reprochó á sí mismo el no haber perfectamente cumplido lo que creia que Dios exigia de él. »

Su discípulo contaba de él este acto de caridad y de desinterés. Presentóse un hombre á la celda y nos ofreció cebollas por si queriamos comprarlas. Llené con ellas un jarron, y el viejo me dijo que las pusiese en otra parte, que llenase este jarron de trigo y lo diese á aquel hombre. Teniamos dos montones de trigo de los cuales el uno estaba limpio y el otro no, y yo lo llené de este. Cuando el viejo se apercibió, echó sobre mí una mirada de indignacion y tristeza, que me desconcertó tanto, que dejé caer el jarron, el cual se rompió. Al instante me puse de rodillas y pedí perdón de mi falta. Pero él me dijo : « Levantaos ; yo soy el culpable por haberos encargado este cuidado ; » y habiendo entrado en donde estaba el trigo limpio, llenóse de él el seno, diólo á aquel hombre, así como tambien las cebollas.

No se admiraba de las faltas de los demás, estando convencido de la grandeza de la fragilidad humana. A este propósito dió esta leccion de caridad á un anciano que fué á contarle que un hermano habia abandonado su estado

para volverse al mundo. « ¿ Os admirais de esto ? le dijo ; nuestra debilidad es tan grande que mas bien debeis admiraros cuando un hermano ha escapado de los artificios de los enemigos de su alma. »

Por este mismo espíritu de compasion por las faltas de otro decia á un solitario : « Si estais ligado con los lazos de amistad con alguno, y este tiene la desgracia de caer en un crimen contra la pureza, no le abandoneis y tendedle caritativamente la mano para ayudarle á levantarse de su caida ; pero si cae en la herejía, y despues de haberle exhortado á abandonar su error, veis que se obstina en sostenerlo, separaos de él, por miedo de que no os arrastre tambien consigo al abismo. »

Esta hermosa leccion merece que nos fijemos bien en ella. Los pecados de los sentidos son grandes ; pero son tan odiosos por sí mismos que los que están inficionados de ellos causan algunas veces mayor horror de lo que son contagiosos. No sucede lo mismo con los pecados del espíritu, sobre todo el de la herejía ; algunas veces impresiona menos porque es menos grosero, pero es todavia más de temer, y los santos llenos de compasion por los otros pecadores, han recomendado siempre el huir de los herejes, tanto mas perniciosos cuanto menos lo parecen, y que vienen algunas veces á nosotros bajo la piel de oveja con apariencias de piedad, mientras que son lobos rapaces por su orgullo y por el veneno de su detestable doctrina.

El santo abad Teodoro mostraba en esto que tenia más á los herejes que á las serpientes ; porque habia obtenido del Señor la gracia de ser intrépido por la confianza que tenia en su divina proteccion, y respondió á un solitario que le preguntaba si se espantaría si se encontrase en algun gran peligro. Aun cuando se mezclasen juntos el cielo y la tierra, Teodoro no temeria. Hablaba así por el sentimiento de una viva fé. A propósito de lo cual se cuenta que habiendo

ido con su discípulo para sacar agua del lago, este llegó allí el primero, como más joven, y vió una serpiente. Advirtió de ello desde lejos al viejo, quien le gritó que le pusiese el pié sobre la cabeza y la aplastase; pero el discípulo espantado se volvió atrás en vez de hacerlo. Entonces el santo abad se fué derecho á la serpiente, y apercibiéndose de esto el animal fué a esconderse en el fondo del desierto, como si hubiera tenido vergüenza de verse vencido por su intrepidez.

No queria que los jóvenes solitarios hablasen de cosas de las que no tuviesen todavia bastante esperiencia, sino era para instruirse. Y dijo á un hermano que queria entrar en plática con él sobre ciertos trabajos que jamás habia emprendido y de los cuales afectaba hablar como si fuese en ellos muy entendido: « Hermano mio, todavia no habeis subido al barco, ni siquiera habeis metido en él vuestro, pequeño bagaje ¿ y quereis ya haber llegado al lugar á donde os proponeis ir? Podreis hablar como lo haceis cuando tengais un poco más de esperiencia de la que teneis al presente. ».

Llego á una gran vejez, aun cuando habia pasado su vida en los combates contra los espíritus de tinieblas y en grandes austeridades. Moró más de setenta años en la soledad; y al final de sus dias, Dios le probó con una larga enfermedad. Nada sabemos de las circunstancias de su muerte ni en qué tiempo tuvo ella lugar. Era menos antiguo que San Macario á quien él fué á consultar, y el abad Tehonas cuyo ejemplo citaba en cierta ocasion; y floreció en Fermo con el solitario Pablo en 377, segun la cronologia de Bulteau.

DEL DESIERTO DE SCETÉ Y DE SAN MACARIO DE EGIPTO ¹.

El desierto de Sceté, que se há considerado como que estuviese fuera del Egipto, y el cual algunos autores creen ser el mismo que la Libia, estaba apartado de la Nitria como cosa de una jornada y media y distaba unas treinta leguas ó próximante de Alejandria, por la parte del mediodia. Es una muy vasta soledad en la que no se podia penetrar sin gran peligro de extraviarse, porque no habia ningun sendero que llevase allá, y para llegar á ella no podia uno guiarse sino observando el curso de los astros, lo cual poca gente se hallaba en estado de hacer. No habia en aquel lugar consuelo alguno para los sentidos. Hasta muy raras veces se encontraba allí agua; y cuando se la encontraba, era de mal olor, como sintiendo al betun; pero el gusto no era tan desagradable como el olor. El sitio que podia ser menos terrible, era un pantano; pero si presentaba alguna comodidad, estaba lleno de mosquitos y otros animaluchos cuyo aguijon era muy fuerte. A este terrible desierto fué á donde el espíritu de retiro y penitencia llevó á un gran número de solitarios, los cuales, habiendo puesto en el cielo todas sus esperanzas, no miraban la tierra más que como un destierro y se privaban voluntariamente para llegar al reino de los cielos, de todas las satisfacciones de este mundo. El número de los que allí se juntaron fué despues tan grande que fué necesario edificar allí cuatro iglesias en diferentes puntos para contener á todos los monges, y á fin de que tu-

¹ Vit. PP.. Los Bolandistas, Cotelier, Sócrates, Paladio.